

— Creo que tienes razón, le dijo su hermana, que no le había prestado gran atención.

La tía siguió callada, y el viejo le miró con su acostumbrada sonrisita de asentimiento benévolo y murmuró:

— Sí..., algo hay de verdad en eso.

— ¡Furio!, dijo de pronto Iris.

Furio se puso en pie.

— Se me han caído las tijeras.

— Tómelas usted, contestó Furio entregándoselas y poniéndose colorado.

Iris tomó las tijeras, lo miró y dijo para sí: «¡Cosa más rara!»

— ¡Tonto!, le dijo la tía, que también le miraba.

Y Riconovaldo se apresuró á decirle: «Ven acá, querido,» y le dió un beso.

Y de este modo los dos viejos apergaminados sufrieron su primera derrota.

## XI

A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo cariñosamente:

— ¿Por qué te muestras tan encogido y confuso cuando Iris te mira ó te habla? ¿Por qué te has de avergonzar así? Eso no está bien; ¿quién sabe lo que pensará de ti?.. Creerá que eres malo, porque los niños malos son los únicos que se avergüenzan. Es menester que tengas más soltura; es parienta tuya, tu cuñada y — recalcando las palabras — podría ser tu madre. Además no está bien mirar tan fijo á las personas, que no parece sino que nunca hayas visto á nadie; anoche la mirabas así, cuando deberías considerarla como una hermana

con la que hubieras vivido siempre y tratarla como me tratas á mí.

Furio, á quien no se le había ocurrido que su hermana pudiera leer en su alma, entendió aquellas palabras al pie de la letra, y contestó: «Sí,» y luego preguntó ingenuamente:

— ¿Y tú por qué no miras nunca á Riconovaldo y ni siquiera le escuchas cuando habla?

— Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, se presentó Iris con un vestido escotado de muselina blanca que dejaba descubiertos sus blanquísimos hombros. Cándida hizo un ademán imperceptible de desagrado y miró á Furio, el cual vió confusamente algo blanco y desapareció.

## XII

Pocas horas después Iris estaba apoyada á una ventana del comedor, con la espalda vuelta al campo, y decía: «¿Pero no habrá modo de despabilar un poco á ese muchacho?» En esto oyó los pasos de Furio que bajaba la escalera y añadió con resolución: «Ahora intervengo yo.»

Furio entró precipitadamente creyendo que no había nadie; mas al ver á su cuñada, se quedó parado.

— Ven acá, le dijo Iris al ver que volvía la espalda para marcharse.

Furio la miró estupefacto.

— ¡Aquí!, repitió con tono placentero de mando:

Furio se le acercó muy despacio.

— Acércate más, añadió Iris sonriendo.

Furio se llegó á ella casi hasta tocarla, con la cara encendida, los ojos bajos y el entrecejo arrugado como si le doliese

algo; no tenía más que una leve sonrisa, pero sonrisa forzada, solamente por no parecer un oso. Iris lo miraba con atención llena de curiosidad, como para leer en su interior, pues aquella confusión le parecía en verdad extraña.

— ¿Adónde ibas?, le preguntó dulcemente, sacándole de la manga de la chaqueta una cosa blanca que llevaba escondida en ella.

Furio siguió con mirada atenta y estupefacta aquella mano y luego respondió con timidez:

— Al jardín.

— ¿Al lago?, le preguntó Iris de nuevo y como distraída, para dar al diálogo cierto tono de familiaridad, y se inclinó para mirarle la otra manga, como si hubiese visto una mancha.

Furio contempló de arriba á abajo aquella magnífica cabellera rubia y contestó con voz insegura:

— ... Al lago.

— Pero, mírame á la cara, exclamó Iris con alegre viveza; ¿te doy miedo?

Furio levantó la cabeza y le clavó una mirada que equivalía á decir cien *nos*, francos, sonoros, resueltos; pero en seguida bajó los ojos más confuso.

— ¡Qué muchacho tan raro!, prorrumpió Iris soltando una carcajada; y echando atrás la cabeza y juntando las manos, descubría su blanca garganta y sus hermosos brazos.

— Pero ¿por qué no te peinas nunca?

— Sí que me peino, contestó balbuciente el muchacho.

— Como llevas siempre los cabellos tan alborotados..., añadió Iris, y le pasó una mano por la cabeza.

Furio se estremeció, se dobló como un junco y desapareció su rubor.

— ¿Qué es eso?, preguntó la joven retirando la mano.

— ¿El qué?, dijo Furio rehaciéndose.

— ¿Qué te pasa?

— Nada.

— Mira cómo te has puesto la corbata. Si yo fuese tu madre, veo que me costaría mucho trabajo darte un poco de gracia. Mira, mira cómo se hace; estáte quieto un momento: así... y así...

Y mientras le hacía el lazo de la corbata, iba repitiendo aquel *así* con vocecita lenta y cariñosa, á pausas, como se hace con los niños cuando no se quieren dejar vestir. De pronto separó las manos y preguntó:

— ¿Por qué tiemblas?

— No tiemblo, se apresuró á responder el muchacho.

— Sí que tiemblas, y te has puesto pálido.

— No, no.

— Te digo que sí, hijo mío; veo que no te sientes bien, necesitas aire; dame el brazo y vamos á dar una vuelta por el jardín.

Furio, vacilando, le dió el brazo; la llevó paso á paso hasta la puerta, y allí el asunto se puso serio: ¿quién debería pasar primero, ella, él, los dos juntos, del brazo ó separados? Iris, riendo, pasó la primera.

— ¡Vaya un caballero!., exclamó volviendo á cogerse del brazo del pobrecillo todo avergonzado. ¡Eal, echa á andar.

Furio, que ya no tenía delante aquellos ojos, fué recobrando poco á poco su dominio y empezaba á saborear con la mente su felicidad; mas ¡oh desgracia!, á los diez pasos la pisó el vestido y le hizo un desgarrón.

— Ten cuidado y mira cómo andas, exclamó Iris enfadada. No te acompaño más.

Y se soltó bruscamente del brazo de su caballero; pero de

pronto volvió á su lado sonriendo, y le dijo: «¡Pobre Furio! ¡Qué cariacontecido te has quedado!» Luego, presentándole la mano, añadió: «¡Ea!, hagamos las paces.»

Furio puso su diestra temblorosa en la pequeña mano de Iris, y siguió andando más embarazado que nunca. Iban por un sendero abierto entre dos vallados. Iris hizo á su cuñadito algunas preguntas acerca de su colegio, de sus ocupaciones, del campo, preguntas de esas que se suelen hacer á los niños sin prestar gran atención á las respuestas, y luego, riendo, le interrogó acerca de la tía. «¿Es algo dura, eh?» y se interrumpió para mostrarle una flor diciéndole que se la cogiese. Furio la arrancó y se quedó con ella en la mano por no saber cómo entregársela.

— Vamos, hombre, sé galante, y pónmela aquí.

Y se volvió de lado é inclinó con mucha gracia la cabeza para que se la pusiese entre los cabellos: Furio lo hizo así.

— ¡Dios mío!, gritó Iris asustada á los pocos pasos: ¿qué camino es este?

Había puesto el pie al borde de una acequia llena de agua y se le había hundido lo menos un palmó. Con un ligero esfuerzo sacó el pie chorreando. Entonces Furio se puso de rodillas, y primero con el pañuelo y luego con la hierba del sendero arrancada de prisa, empezó á limpiar el zapatito con afán desesperado.

— Basta, basta, decía Iris; basta, Furio, no te canses, estoy toda mojada, necesito ir á mudarme; déjalo ya.

E iba retirando el pie que la mano del niño sujetaba por el tobillo como con un círculo de hierro.

— ¡Basta, te digo!, repitió Iris riendo á más y mejor.

Furio se levantó encendido, sudoroso y envanecido, y cuando Iris se hubo alejado se rió convulsivamente, se mor-



A los diez pasos la pisó el vestido y le hizo un desgarrón

dió un dedo, se retorció las manos, dió patadas en el suelo, volvió á reír, y levantando los ojos al cielo exclamó lleno de júbilo:

— ¡Dios mío, qué feliz soy! ¡No hay en la tierra nadie más dichoso que yo!

## XIII

No se le había podido ocurrir á Iris que bajo aquella gran timidez del muchacho se ocultara algo, lo cual no era de extrañar.

Acostumbramos á considerar á los niños más niños de lo que son en realidad, y esto sucede porque viéndolos y tratándolos de continuo no nos acude á la memoria el verdadero grado de inteligencia y sensibilidad que tenían á su edad. Si siempre lo tuviéramos presente, casi todos recordaríamos, por ejemplo, que, cuando niños, hemos oído decir cosas en nuestra presencia que ahora no repetiríamos en la de otros niños, y en aquel tiempo los que las decían estaban firmemente persuadidos de que no las entendíamos; pero las comprendíamos perfectamente, aunque con nuestra hipocresía dábamos á entender lo contrario.

La inteligencia de los muchachos es más precoz de lo que suponen sus propios padres ó maestros ó cuantos creen deber tenerlos á obscuras algún tiempo sobre ciertas cosas; las cautelas llegan casi siempre tarde, y desde que empiezan á comprender hasta que se empieza á sospechar que comprenden, todos los niños son más ó menos hipócritas, y su hipocresía es tanto más fina y profunda cuanto más viva y á menudo frustrada queda la curiosidad.

Lo mismo sucede con los afectos.

¡Un jovencito de catorce años!.. Si alguien se lo hubiese dicho á Iris, la habría hecho soltar una de sus carcajadas frescas y sonoras, que dejaban embelesado con la boca abierta á su pequeño esclavo.

## XIV

Riconovaldo, más ofendido que enojado de la indiferencia de Cándida, seguía sintiendo en su interior un insoportable roedor, y meditaba el modo de vencerla y hasta de intentar irritarla, ya que no por otra cosa, por hacerse detestar á cara descubierta, con tal que ella dejase de observar su estudiada conducta de portarse con él como si no existiera. Con razón dice Leopardi que los hombres toleran el odio y á veces se jactan de inspirarlo, pero á la menor señal ó sospecha de indiferencia que observen, pocos hay tan fuertes que permanezcan en actitud pasiva y no apelen á todos los medios para librarse de ella, aun descendiendo, si es menester, á las acciones más viles. Más que á otros debía suceder esto á Riconovaldo, que aparte de su natural sospecha de que le tomaran por una cabeza estrecha y un alma vacía, tenía el orgullo de su belleza y veía que ni siquiera se le miraba.

En vista de que también se había frustrado su tentativa oratoria, se persuadió de que era cierto lo que Iris le había dicho acerca de Cándida, esto es, que bajo su apariencia modesta y humilde ocultase vanidad y pretensiones, lo que sucede más á menudo á los que menos derecho tienen para ello y menos lo dan á entender. Por esto pensó en escoger otro camino y también comenzó á fingirse indiferente; pero Cándida se mostraba cada vez más fría, y tuvo que desistir de su propósito. Entonces se puso furioso de veras y fué aún más allá; empezó á za-

herirla, hablando á su hermana, con toda clase de alusiones puerilmente malignas. Un día que Cándida estaba presente, su hermana le preguntó cómo era que no volvía á casarse una señora viuda conocida suya.

— ¿Cómo quieres que vuelva á casarse esa mujer de cartón-piedra?, contestó Riconovaldo. Ni siquiera echa de ver que no tiene ya marido; es una de esas mujeres que viven fuera de las leyes de la naturaleza, y hablando con propiedad, ni siquiera es una mujer. Para merecer el nombre de tal, no basta tener la forma; es preciso tener también el alma, los afectos, las tendencias, y la que no posee todo esto no es una mujer, como no son mujeres las muñecas, las momias, las estatuas y los trajes hechos que en las tiendas de telas se ven colgados en perchas.

Pero Cándida seguía inalterable; no hacía un ademán de resentimiento, ni una señal de impaciencia; se mostraba indiferente é impasible como una piedra; y tanto que á veces Iris, despechada á su vez al ver aquella frialdad, agregaba sus agujonazos á los de su hermano y era una aliada formidable. Riconovaldo, resentido hasta el punto de morderse los dedos y aferrado cada vez más á su propósito, cambió otra vez de proceder. Suavizándose poco á poco, fingiendo arrepentirse, ó arrepintiéndose de veras, de su conducta maligna y descortés para con Cándida, empezó á hacerle la corte como él sabía hacerla, con gracia y delicadeza: primero, de vez en cuando, tímido; luego abiertamente, con calor y suavidad, á veces casi suplicante. Pero Cándida parecía hacer tan poco caso de su dulzura como antes lo había hecho de su malignidad.

Riconovaldo, desesperado de conseguir su propósito, herido en lo más vivo de su amor propio, encolerizado, quiso vengarse echando la cosa á broma, y siguió haciendo la corte á Cándida como la habría hecho á una vieja de setenta años